

tuye para mi tesis más que un argumento accesorio. No soy en manera alguna enemigo de los misioneros, en los que respeto su valor y sus ilusiones, y que nos hacen, con frecuencia, grandes servicios en los países medio civilizados que poseemos, como por ejemplo Siria, en donde han difundido nuestra lengua por medio de sus escuelas.

Mi misión podría parecer terminada, después de haber demostrado que nuestra educación y nuestras instituciones, aplicadas á los indígenas de nuestras colonias, no han dado otro resultado que perturbar profundamente sus condiciones de existencia y transformarles en enemigos irreconciliables de los europeos.

Tales hechos son independientes de toda teoría; pero aquellas deben obedecer á causas que voy á tratar ahora de determinar. Los hechos no son jamás más que consecuencias de leyes muy generales que es necesario descubrir. Esto es lo que vamos á intentar ahora investigando las causas de nuestra impotencia para elevar al nivel de la civilización europea en los pueblos semi-civilizados ó bárbaros. Entonces quizás aparecerán claramente al lector las profundas razones de la impenetrabilidad de las razas.

CAPÍTULO IV

Razones psicológicas de la impotencia de la civilización europea para transformar los pueblos inferiores.

El estudio de los elementos diversos de una civilización, especialmente las instituciones, las creencias, la literatura, la lengua y las artes, demuestran que corresponden á ciertos modos de pensar y de sentir de los pueblos que los han adoptado y se transforman únicamente cuando esas formas de pensar y de sentir se modifican por sí mismas.

La educación no hace más que resumir los resultados de la civilización; las instituciones y las creencias representan las necesidades de esa civilización. Por tanto, si la civilización no está en relación con las ideas y los sentimientos de un pueblo, la educación que sintetiza esa civilización continuará aislada; del mismo modo que las instituciones correspondientes á ciertas necesidades, no podrán servir para necesidades distintas.

El mero sentido común demuestra fácilmente que la distancia mental que separa á los pueblos del Oriente—musulmanes é indo-chinos especialmente—de los del Occidente es demasiado considerable para que las instituciones de los unos puedan ser aplicadas á los otros. Ideas, sentimientos, creencias, formas de existir, todo difiere profundamente. Mientras las naciones del Occidente tienden cada

día más á prescindir de las influencias de los antepasados, las del Oriente viven casi exclusivamente del pasado. Las sociedades orientales tienen una firmeza de costumbres y una estabilidad desconocida hoy en Europa. Las creencias que nosotros hemos perdido, en ellos perduran. La familia, tan enormemente quebrantada en los pueblos occidentales, permanece intacta en Oriente, en su inmutilidad secular. Los principios, que han perdido su eficacia en nosotros, conservan todo su poder en ellos. Tienen un gran ideal y en cambio muy pocas necesidades, mientras que nuestro ideal es incierto y nuestras necesidades muy grandes. Religión, familia, autoridad de la tradición y de la costumbre, estos fundamentos de las sociedades antiguas, tan profundamente minados en Occidente, han conservado un prestigio indiscutible en Oriente. La idea de reemplazarlos no ha cruzado aún por su imaginación.

Pero en lo que respecta á las instituciones, existe un insondable abismo entre Oriente y Occidente. Todas las instituciones políticas y sociales de los orientales, lo mismo sean árabes ó indios, se derivan únicamente de sus ciencias religiosas, mientras que en el Occidente hace ya mucho tiempo que hasta los pueblos más devotos han separado las creencias de las instituciones políticas.

En Oriente no existen códigos civiles, sino códigos religiosos. Una novedad, cualquiera que sea, no es aceptada más que á condición de que sea resultado de prescripciones teológicas. Los ingleses han visto obligados, para no perder toda su influencia, y á pesar de su rígido protestantismo, á restaurar las pagodas y subvencionar espléndidamente á los sacerdotes de Vishnu y de Siva y á

manifestar en todas circunstancias el mayor respeto para la religión de sus súbditos y las instituciones que en ella se inspiran. El antiguo Código, religioso y civil, de Manú, continúa siendo la ley fundamental de la India desde hace dos mil años, como el Corán, Código igualmente religioso y civil, permanece la ley suprema de los musulmanes desde Mahoma.

Las divergencias profundas que separan á los pueblos de Oriente, no radican únicamente en la constitución mental, en las instituciones y en las creencias. Resaltan en los menores detalles de su existencia, y principalmente en la sencillez de sus necesidades, comparadas con la complejidad de las nuestras. Las modestas aspiraciones del oriental, el que acepte como modo ordinario de vivir lo que nosotros calificaríamos como profunda miseria. Llamen la atención siempre del viajero. Un colchón, una cabaña ó una tienda, bastan para su ambición. Los hombres educados á la europea adquirieron muy pronto y fatalmente cierto número de necesidades ficticias creadas por nuestra civilización, y como es imposible, al mismo tiempo, suministrarles los recursos necesarios para la satisfacción de sus necesidades, los sencillos y felices se convierten en descontentos, miserables y turbulentos. En la India inglesa, sobre todo, en que la educación europea se practica en gran escala, el hecho es significativo. Un indígena educado á la inglesa, y con protección, puede obtener sueldos de 30 francos al mes. Dueño de esa renta se cree ya en disposición de remedar al gentilemen europeo, llevando botas, siendo socio de un club indígena, fumando cigarrillos, leyendo periódicos, y termina siendo un desagraciado cuando con lo que gana podrían vivir des-

ahogadamente dos familias educadas en las costumbres indias.

La simple comparación de las necesidades de un árabe de Argelia con las de un colono europeo basta á demostrar hasta qué punto dos razas, en grados distintos de civilización, pueden en un mismo país tener exigencias diferentes. Toda la aspiración del indígena está en tener una pequeña provisión de grano para poder hacer su *cuzcuz*, agua pura, una tienda ó barraca como habitación y un albornoz por vestido.

¡Cuánto más complicadas son las necesidades de su vecino el colono europeo, aun cuando pertenezca á las capas sociales más inferiores! Necesitará una casa, carne, vino, vestidos variados; en una palabra, un conjunto de necesidades ficticias á las que le ha acostumbrado el medio europeo.

De estos repetidos hechos, comprobados en todas partes, se deduce claramente la ley psicológica de que la educación europea, aplicada á la indígena, les hace completamente desgraciados, porque les impone ideas nuevas y una forma refinada de vivir sin procurarles los medios de costearla; destruye las herencias de su pasado y los deja desorientados frente al presente.

¿Podemos confiar en que nuestras instituciones y nuestra educación europea contribuyan á aproximarnos á los orientales, distanciados hoy por tan profundos abismos? Después de los citados ejemplos, no es posible tener esperanza en este sentido, y la teoría viene á comprobarlo al decir que la transformación más difícil de realizar en un pueblo es la de sus sentimientos hereditarios, y estos sentimientos son los que separan profundamente al Oriente del Occidente.

En estos sentimientos nacionales, formados por los mismos ambientes, instituciones y creencias influyendo desde hace siglos, la educación no influye. Representan aquéllos, en efecto, el pasado de una raza, el resultado de experiencias y de acciones de una larga serie de generaciones, los móviles hereditarios de la conducta; la influencia es enorme, ya que constituyen el alma de un pueblo.

Estos caracteres de los pueblos desempeñan, como es sabido, un papel fundamental en la historia. Los romanos dominaron á Grecia, y unos cuantos ingleses dominan hoy la India, mucho más por el desarrollo de ciertas cualidades nacionales, la perseverancia y la energía especialmente, que por la elevación de su inteligencia. No hay educación que consiga que ciertos pueblos, por ejemplo, los negros, dejen de ser impulsivos, imprevisores, incapaces de energía duradera y de esfuerzos tenaces.

Si no se considera la instrucción más que como el arte de fijar en la memoria cierto número de teorías sacadas de los libros, podemos asegurar que las poblaciones calificadas por los antropólogos como razas inferiores pueden ser educadas como los europeos. Un profesor de nuestra Universidad, á su vuelta de América, M. Hippeau, habla con admiración de los jóvenes negros que ha visto en las clases, repitiendo demostraciones de geografía y traduciendo á Tucídides á la perfección: «Jamás como entonces pude convencerme que negros y blancos son hijos de Dios y que la Naturaleza no ha establecido entre ellos diferencias fundamentales.»

Falto de luces sobre este punto, ignoro si los negros y los blancos son hijos de un mismo Dios; pero lo que sí creo saber es que el autor es víctima de

una ilusión participada por muchas personas que se ocupan de la educación de los pueblos inferiores, especialmente los misioneros.

Y digo ilusión por lo siguiente. La enseñanza en las escuelas se compone, casi exclusivamente, de ejercicios de mnemotecnia destinados á suministrar á la memoria materiales que la inteligencia, cuando se desenvuelva, podrá utilizar. Ellos las utilizarán, gracias á las aptitudes intelectuales hereditarias, á las formas de sentir y de pensar que representa la suma de adquisiciones mentales de toda una raza. Y precisamente esas diferencias de aptitudes, grabadas en el hombre al nacer, son las que establecen entre las razas desigualdades que ningún sistema de educación podrá borrar.

El niño perteneciente á un pueblo semicivilizado ó semisalvaje conseguirá, por regla general, lo mismo que el europeo, aprender en la escuela, pero sólo porque los estudios clásicos son únicamente ejercicios de memoria creados para cerebros de niños, y realmente la diferenciación intelectual en las razas no se manifiesta hasta la edad adulta. Mientras que el niño europeo pierde al crecer su cerebro de niño, el hombre inferior, incapaz por las leyes de la herencia de sobrepasar cierto nivel, se detiene en una fase inferior de desenvolvimiento y quedan baldíos los materiales suministrados por la instrucción del colegio. Seguid la vida de esos blancos y de esos negros, antes iguales en la escuela, y bien pronto observaréis las profundas diferencias que separan las razas.

El único resultado definitivo de la educación europea, lo mismo para el negro que para el árabe ó el indio, es el de alterar, repito, las cualidades hereditarias de su raza sin darles las de los europeos.

Podrán adquirir algunas veces destellos de ideas europeas, pero los utilizarán con razonamientos y sentimientos salvajes ó semicivilizados. Sus juicios flotan en medio de ideas contrarias, de principios morales opuestos. Conducidos por todos los azares de la vida é incapaces de dominar ninguno, no tienen, finalmente, por guía más que la impulsión del momento.

No nos dejemos ilusionar por ese ligero barniz que nuestra educación europea ha suministrado al indígena. Puede comparársele con esas pintarrajeadas decoraciones de teatros que no se pueden mirar demasiado cerca. Innumerables veces he tenido ocasión de hablar con indios ilustrados, educados en las escuelas anglo-indias ó que han cursado sus grados en universidades europeas, y siempre he podido comprobar que entre sus ideas, su lógica y sus sentimientos y los nuestros había una distancia enorme.

¿Quiere esto decir que esos pueblos semicivilizados ó bárbaros no alcanzarán jamás el nivel de la civilización europea? No: ellos lo conseguirán, sin duda, algún día, pero únicamente después de haber franqueado sucesivamente—y nunca de un solo golpe—las numerosas etapas que les separan. Nuestros antepasados también se vieron sumidos en la barbarie y necesitaron casi mil años de esfuerzos para salir de ella y poder utilizar los beneficios de la civilización antigua. Conocidas son las modificaciones á que sucesivamente han tenido que someter sus elementos—la lengua, las instituciones y las artes especialmente—para adaptarlos al medio. En sus cerebros de bárbaros no encajaba una civilización refinada, como la nuestra no pueden concebirla los cerebros de los pueblos inferiores.

Son tan rígidas las leyes de la evolución social

como las de la evolución de los seres orgánicos. La simiente no llega á ser un árbol, ni el niño un hombre, ni las civilizaciones se elevan á las formas superiores sino después de haber pasado por una serie de transformaciones sucesivas y graduales y casi imperceptibles en su lenta sucesión. Por medio de procedimientos violentos podemos turbar en los pueblos esa fatal evolución—como se puede detener la evolución de la simiente estropeándola—pero no nos es dable modificar sus leyes.

..

Una de las principales razones psicológicas de nuestra impotencia para adaptar nuestra civilización á los pueblos inferiores puede quedar resumida en una sola frase: en que es demasiado complicada para ellos. Las únicas instituciones, creencias y educación capaces de obrar sobre su inteligencia son aquellas en que por su sencillez son fácilmente comprensibles para su espíritu y no perturban sus condiciones de existencia.

Esto ocurre con la civilización musulmana, y á ello se debe la profunda influencia—en apariencia tan misteriosa—que los musulmanes han ejercido, y ejercen aún, en Oriente. Los pueblos conquistados por ellos eran, ó son, en su mayoría de orientales que poseían sentimientos, necesidades y costumbres muy análogos á los suyos. Por tanto, al asimilarse los elementos fundamentales de la civilización musulmana, no tuvieron que sufrir esas modificaciones radicales que entraña la adopción de una civilización occidental complicada.

Los historiadores han atribuido el prodigioso ascendiente moral é intelectual ejercido por los

musulmanes en el mundo á su fuerza material. Pero no es posible ignorar hoy que la civilización musulmana continuó extendiéndose mucho tiempo después que había desaparecido la pujanza política de sus propagandistas. El Corán cuenta con 20 millones de sectarios en China, donde los mahometanos nunca tuvieron ningún poder; han reclutado 50 millones en la India, es decir, infinitamente más que en el apogeo de la dominación mongola. Estas enormes cifras aumentan todos los días. Los mahometanos, después de los romanos, han sido los únicos civilizadores que han conseguido hacer adaptar á las razas los más diversos elementos fundamentales de toda cultura social: la religión, las instituciones y las artes. Lejos de tender á desaparecer, su influencia aumenta todos los días y traspasa los límites alcanzados en épocas brillantes de su poder material. El Corán y las instituciones que de él se derivan son tan sencillos, y hasta tal punto acomodados á las necesidades de los pueblos primitivos, que su adaptación siempre se realiza sin dificultad. En todas partes por donde han pasado los musulmanes—aunque fueran sólo en concepto de comerciantes—se encuentran vestigios de sus instituciones y creencias. Por muy lejos que se hayan internado los exploradores modernos en África, han encontrado tribus que profesan el islamismo. Los musulmanes civilizan actualmente todo lo que le es dable las tribus de África, extendiendo su poderosa acción sobre el continente misterioso, mientras que los europeos que recorren el Oriente, bien como conquistadores, bien como comerciantes, no dejan rastro alguno de su influencia moral.

..

La conclusión que se desprende de este capítulo y de los precedentes es muy clara. Ni por su educación, ni por sus instituciones, ni por sus creencias religiosas, ni por ninguno de los medios de que disponen, los europeos pueden ejercer acción civilizadora rápida sobre los orientales, y menos aún sobre los pueblos inferiores.

La historia reciente del Japón no contradice ninguna de las conclusiones precedentes. No pudiendo tratar aquí en detalle este caso particular de un pueblo que habiendo llegado á un grado de civilización elevada, parece cambiarla por otra civilización elevada, aunque distinta, me limitaré á consignar una observación esencial. Al adoptar en conjunto los resultados de la civilización europea, los japoneses en realidad no han transformado ni sus leyes fundamentales, ni sus creencias, ni, sobre todo, su carácter. Es algo así como si un barón feudal volviese á la vida y conociese el uso de la locomotora y de los cañones. ¿Su mentalidad se encontraría profundamente modificada por esta educación? El alma japonesa tampoco lo ha sido, pero la variación aparente de la vida exterior del Japón ha disfrazado para los europeos la fiijeza de su vida interior.

Sea como fuere, ninguna de las naciones que tratamos de colonizar poseía—cuando las conquistamos—una cultura comparable á la antigua civilización del Japón. Podemos, por tanto, insistir en que nuestras esperanzas de asimilar ó afrancesar un pueblo conquistado son peligrosas quimeras. Dejemos á los indígenas sus costumbres, sus instituciones y sus leyes. No tratemos de imponerles el engranaje de nuestra administración complicada, y no conservemos sobre ellos más que una alta tu-

tela. Para llegar á esto, reduzcamos considerablemente el número de nuestros funcionarios coloniales; exijámosles un estudio profundo de las costumbres, de los usos y de la lengua de los indígenas. Asegurémolos, sobre todo, una posición respetable que les rodee del prestigio que necesitan para el cumplimiento de su deber.

Me limitaré á enunciar sumariamente estos proyectos de reformas, ó, mejor dicho, de simplificaciones, ya que considero ocioso el desarrollarlos. Se necesitará aún mucho tiempo para conseguir la adhesión de la opinión pública. Las ideas políticas actuales, aunque contrarias á las que he expuesto forman una corriente de opinión imposible de vencer. La quimérica empresa de asimilación, á la cual consagramos tantos hombres y dinero, está inspirada en motivos sentimentales, sobre los cuales es impotente la lógica racional. Esta última no triunfa sino á costa de crueles experiencias. Sólo las catástrofes tienen el poder de disipar las tinieblas en los espíritus dominados por ilusiones.

Puede preguntarse, no sin dolor: ¿es posible que para realizar sueños tan quiméricos como las creencias religiosas, á las cuales nuestros padres sacrificaron tantas vidas, persistamos en nuestros peligrosos errores? ¿Es creíble que se encuentren aún hombres de Estado convencidos de que nuestra misión es la de asegurar la felicidad de otros pueblos, aunque éstos se opongan? ¿Es admisible que digan á todas horas los economistas que pretenden transformar la constitución mental de una raza, como la de los árabes, «modificando radicalmente en ellos el sistema de la propiedad colectiva y el de la familia?»

¡Pensemos en lo que nos han costado algunas de

esas grandes teorías humanitarias y simplistas, tan deplorablemente imbuídas en nuestro espíritu. Por ellas vertimos nuestra sangre para la libertad ó la unidad de pueblos que se han convertido hoy en nuestros peores enemigos; por ellas nos obstinamos en afrancesar poblaciones antes tranquilas con sus antiguas leyes. ¿Qué hemos recogido de nuestras utópicas empresas sino odios é incesantes guerras?

El viajero francés que abandona nuestras colonias manifiesta siempre un sentimiento de profunda humillación cuando visita las de los otros europeos, especialmente ingleses y holandeses, que no siguen nuestros principios. ¡Qué maravilloso espectáculo presenta ese gigantesco imperio de las Indias, donde 250 millones de indígenas están gobernados, en medio de una completa paz, por un millar de funcionarios, protegidos por un insignificante ejército de sesenta mil hombres, y con el país cruzado en todos sentidos por canales, ferrocarriles y obras públicas de toda clase sin reclamar un céntimo á la metrópoli! El prestigio moral constituye la única fuerza de este puñado de gobernantes, prestigio que nosotros jamás hemos podido conseguir en nuestras colonias. Sin duda alguna esos millones de indígenas no gozan del sufragio universal, ni poseen Consejos generales, ni están representados en Europa por senadores y diputados. Desconocedores de nuestras complicadas instituciones, se administran ellos mismos, según sus antiguas costumbres, bajo la alta y lejana tutela de un número insignificante de europeos que intervienen lo menos posible en sus asuntos.

¿Serán más desgraciados que los indígenas de nuestras colonias, acosados en todos sentidos por

nuestros millares de agentes, sometidos al engranaje de leyes y costumbres desconocidas para ellos? Á los que así crean les aconsejo visiten las tres ó cuatro poblaciones francesas que constituyen los últimos vestigios de nuestro gran imperio en las Indias, y encontrarán centenares de funcionarios franceses, cuyo único oficio posible es el de perturbar de arriba á abajo las antiguas instituciones indias, y verán hasta qué punto pesa sobre el indígena lo que nosotros llamamos el régimen de la libertad; y cómo persisten las discordias y las luchas intestinas engendradas por nuestros métodos en unas poblaciones antes tan pacíficas, sin que, á pesar de todos nuestros sacrificios, consigamos ni siquiera un poco de respeto.

Para comprender la importancia psicológica de un sistema diferente, visitad á algunas leguas de distancia las mismas gentes sometidas á la dominación inglesa. Desde el primer momento os llamará la atención el respeto del indígena para sus conquistadores, y veréis hasta qué punto penetra poco ó nada en la vida pública ó privada de los ciudadanos el único funcionario inspector de una vasta comarca, el cual respeta las instituciones, costumbres y hábitos del país y les deja en una libertad real y no ficticia. Si pudiese imponer á todos los franceses un parecido viaje, la tesis que defiende no tendría más contradictores y renunciaríamos rápidamente á la idea de imponer nuestras leyes á pueblos extraños únicamente por conseguir el triunfo de nuestros grandes principios.

Seguramente no deben desdeñarse esos principios. Son formas de un ideal nuevo, hijos de ilusiones religiosas que hemos perdido, y el hombre no sabe vivir sin ilusiones. Abdiquemos únicamente el

oficio de apóstoles, y no olvidemos que en la lucha económica, donde el mundo moderno se empeña cada vez más, el derecho de vivir pertenecerá únicamente á los pueblos fuertes. Con quimeras no conseguiremos asegurar el porvenir de nuestra patria; con quimeras lo que podemos es perderla.

CAPITULO V

Las formas nuevas de colonización.

Los procedimientos de colonización seguidos en los diversos períodos de la historia pueden reducirse á dos. Los romanos, al principio, no conocieron más que uno: conquistar un pueblo á mano armada, apoderarse de sus tesoros y vender como esclavos á los más vigorosos de sus habitantes. Los restantes repoblaban lentamente el país hasta que este último se enriquecía de nuevo y el pillaje podía volver á comenzar.

Roma terminó, sin embargo, por advertir que este método, á la vez costoso y simplicista, no era muy beneficioso para los vencedores, y en tiempos de los primeros emperadores descubrió otro que consistía en explotar las poblaciones conquistadas por la intervención de los gobernadores que las cargaban de impuestos, dejándoles, sin embargo, algo para vivir y asegurándoles en cambio la paz.

Este último procedimiento no ha sido modificado sensiblemente en el transcurso de los siglos. Bien aplicado da buenos resultados, pero entraña muchas complicaciones á consecuencia de la necesidad de defender los países conquistados contra las agresiones armadas de rivales celosos. Además, es necesario saber administrar con orden é inteligencia. Si la administración es mala, el pueblo colonizado